
El cielo de los animales

David James Poissant



Comparado con Richard Ford y Alice Munro, la aparición de David James Poissant produjo una conmoción literaria en los Estados Unidos. Sus cuentos se inscriben en esa gran tradición que incluye a Antón Chéjov y Raymond Carver, una tradición que siempre suele darse por concluida, hasta que aparece un nuevo escritor y la revitaliza. Es lo que sucedió con este libro.

El cielo de los animales es un deslumbrante volumen de relatos sobre personas agobiadas por la pérdida, la culpa o lo implacable del amor. Padres que han roto la relación con sus hijos y descubren demasiado tarde el daño que han hecho, matrimonios envueltos en el desasosiego, hermanos que dejaron en el olvido la complicidad y ahora deben purgar ese rencor, amistades que un día son puestas a prueba y dejan paso a la traición. Vidas que no están a la altura de las emociones que generan, donde la presencia de un animal recuerda la existencia de lo inesperado, lo lúdico, lo brutal. Con una escritura límpida, que sabe ser quirúrgica y no escapa al humor, Poissant narra historias al límite, sacudidas por la impiedad y la tristeza. No deja de ser extraño que al terminar de leerlo el sentimiento sea de felicidad. Es el efecto que depara un hallazgo literario.

Índice de contenido

El hombre lagarto

La amputada

100% Algodón

El fin de Aarón

Reembolso

Knockout

El último de los grandes mamíferos terrestres

Lo que quiere el lobo

La geometría de la desesperación

I. Diagrama de Venn

II. Despertar al bebé

Cómo ayudar a tu marido a morir

James Dean y yo

Nudistas

El bebé brilla

El niño que desaparece

El cielo de los animales

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

para Marla
siempre

EL HOMBRE LAGARTO

Entro al garaje con un chirrido cuando está asomando el sol y veo a Cam en la escalera de la casa, con su hijo Bobby. Cam está de pie. Es un hombre corpulento, pura fibra y músculos gracias a una década de trabajo en el gremio de la construcción. Tiene mangas de dragones verdes tatuados en los dos brazos, desde las axilas hasta las muñecas. Dice que, si se mira de cerca, puede verse un par de mujeres desnudas entre las escamas.

Cuando Crystal lo dejó, Cam se quedó con el chico, lo cual muestra qué clase de madre era Crystal. Cam es el único amigo que me queda. Cuando está sobrio es un santo, y hace diez años que no prueba una gota de alcohol.

Pone una mano sobre el hombro del niño, pero Bobby se suelta y sale corriendo. Viene directo hacia la camioneta, se prende a mi pierna y la abraza con todo el cuerpo. Empiezo a caminar en dirección a Cam. Bobby rebota y ríe con cada paso que damos.

Cam y yo nos estrechamos la mano como si nada, pero su expresión lo dice todo.

—¿Otra vez turno noche? —dice.

Hecho un rollo marrón, el delantal asoma de mi bolsillo delantero, y yo apesto a grasa de cocina.

—Sí —digo.

No le dije a Cam que perdí los estribos y le grité a un cliente, que aparentemente algunas personas no saben qué significa *vuelta y vuelta*, que mi decisión de trabajar

en el turno de diez a seis es lo que me permite tener luz y agua en casa.

–Bobby –dice Cam–, ve a jugar un rato, ¿sí?

Bobby suelta mi pierna y mira a su padre, escéptico.

–No me obligues a decírtelo dos veces –dice Cam.

El chico corre hasta mi buzón, se tira al pasto, se cruza de piernas y frunce el ceño.

–Sigue caminando –dice Cam y Bobby lenta, deliberadamente, se pone de pie y camina rezongando hacia su casa.

–¿Qué pasa? –digo–. ¿Qué problema hay?

Cam sacude la cabeza.

–Red ha muerto –dice.

Red es el padre de Cam.

«El hijo de puta me daba unas tremendas palizas», dijo Cam una noche, hace tiempo, cuando los dos bebíamos demasiado y nos contábamos historias tristes. Al cumplir dieciocho, Cam se enroló en el ejército y fue a combatir en la primera Guerra del Golfo. La última vez que vio a su padre, el viejo estaba cruzando el jardín, tambaleándose, borracho. «¡Vete de una buena vez!», le gritó. «Vete a morir por tu país de mierda».

Bobby nunca supo que tenía un abuelo.

No sé si Cam se siente molesto o aliviado y no sé qué decir. Cam debe haberse dado cuenta, porque dice:

–Está bien, yo estoy bien.

–¿Cómo fue? –pregunto.

–Estaba bebiendo –dice Cam–. El barman dijo que Red estaba riéndose y de golpe cayó de frente sobre la barra. Cuando fueron a despertarlo ya estaba muerto.

–Guau –digo. Es una estupidez decir guau, pero estuve levantado toda la noche. Mi mano todavía sostiene una invisible espátula de acero, tengo manteca debajo de las uñas.

–Necesito que me hagas un favor –dice Cam.

—Lo que sea —digo. Cuando estuve en la cárcel, fue Cam el que pagó la fianza. Cuando mi esposa y mi hijo se mudaron a Baton Rouge, fue Cam el que golpeó mi puerta, me hizo levantar a la fuerza, tiró todas mis botellas en el jardín de adelante, les prendió fuego y me consiguió un trabajo en el restaurante de su amigo.

—Necesito que me lleves a su casa —dice Cam.

—Bueno —digo. Hace años que Cam no tiene auto. Muchos de los vecinos de la cuadra no pueden pagar postigos para protegerse de las tormentas, así que ni pensar en un auto. Pero estamos en St. Petersburg, una ciudad para peatones, y el centro está a solo cinco minutos de caminata.

—Bueno, no te apresures a decir que sí —dice Cam—. La casa de Red está en Lee.

—¿Lee, Florida?

Cam asiente. Lee está cuatro horas al norte, es una de las últimas ciudades sobre la Interestatal 75 camino a Georgia.

—No hay problema —digo—. Siempre y cuando esté de vuelta esta noche antes de las diez.

—¿Otra vez turno noche? —pregunta Cam.

Yo asiento.

—Bueno —dice—. Vamos.

* * *

El año pasado tiré a mi hijo por la ventana del comedor. No recuerdo con exactitud cómo ocurrió. Recuerdo que entré en la habitación. Recuerdo que vi a Jack con la boca pegada a la boca del otro chico, recuerdo sus manos moviéndose rápido en la entrepierna del chico. Después me recuerdo parado, en el jardín, mirándolo desde arriba. Lynn salió corriendo de la casa a los gritos. Vio a Jack y me dio una cachetada. Me pegó puñetazos en los hombros y en el pecho. Arriba, desde el marco de la ventana, el otro

chico nos miraba temblando, abrazándose con sus brazos flacos. Jack estaba tirado en el suelo. No se movía, excepto por el subibaja del pecho. El panel de la ventana se había roto impecablemente y no había rastros de sangre, solo esquirlas de vidrio desparramadas sobre las flores, pero Jack tenía un brazo doblado debajo de la cabeza como si estuviera dormido y el codo fuera su almohada.

–Llama al 911 –le gritó Lynn al chico.

–No –dije. Yo no entendía nada de lo que estaba pasando, pero sabía que no podíamos pagar una ambulancia–. Yo lo llevo.

–¡No! –gritó Lynn–. ¡Lo vas a matar!

–No lo voy a matar –dije–. Ven aquí.

Le hice un gesto al chico, que sacudió la cabeza y retrocedió.

–Por favor –dije.

El chico pasó, algo indeciso, por encima del borde filoso de la ventana. Plantó el pie en la cornisa de ladrillo de la pared del frente y saltó los pocos metros que lo separaban del suelo. Los vidrios rotos crujieron bajo sus zapatillas.

–Agárralo de los tobillos –dije. Deslicé las manos bajo las axilas de Jack y entre los dos lo levantamos. Uno de sus brazos se arrastraba por el suelo cuando lo llevamos al auto. Lynn abrió la puerta trasera. Acostamos a Jack en el asiento y lo tapamos con una manta. Hicimos lo que había que hacer, lo que uno ve que hacen en la televisión.

Algunos vecinos habían salido a mirar. Los ignoramos.

–Necesito que me acompañes –le dije al chico–. Cuando terminemos te llevo a tu casa. El chico retorció el dobladillo de la camisa con las dos manos. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–No voy a lastimarte, si es lo que estás pensando.

Salimos rumbo al hospital. Lynn nos siguió en mi camioneta. El chico iba a mi lado en el asiento del acompañante, el cuerpo pegado a la puerta, aferrando el cinturón

de seguridad con una mano a la altura de la cintura. Cada vez que pasábamos un bache se daba vuelta para mirar a Jack.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Alan —dijo.

—¿Cuántos años tienes, Alan?

—Diecisiete.

—Diecisiete. Diecisiete. ¿Y alguna vez estuviste con una mujer, Alan?

Alan me miró; estaba más pálido que un muerto. Aferro con más fuerza todavía el cinturón de seguridad.

—Es una pregunta simple, Alan. Te estoy preguntando: ¿estuviste con una mujer?

—No —dijo Alan—. No, señor.

—¿Entonces cómo sabes que eres gay?

Jack se revolvió en el asiento de atrás. Gimió y se quedó callado. Alan lo miraba.

—Mírame, Alan —dije—. Te hice una pregunta. Si nunca estuviste con una mujer, ¿entonces cómo sabes que eres gay?

—No lo sé —dijo Alan.

—¿Quieres decir que no sabes si eres gay o que no sabes cómo lo sabes?

—No sé cómo lo sé —dijo Alan—. Pero lo sé.

Pasamos por la panadería, el lavadero y el supermercado y llegamos a los límites de la ciudad. A lo lejos, la silueta del helicóptero en el techo del hospital. A nuestras espaldas, la persecución constante de la camioneta.

—¿Y tus padres están enterados de esto? —le pregunté.

—Sí —dijo Alan.

—¿Y están de acuerdo?

—En realidad, no.

—No. Apuesto a que no, Alan. Te apuesto lo que quieras a que no están de acuerdo.

Miré por el espejo retrovisor. Jack no había abierto los ojos, pero se había llevado una mano a la sien. La otra ma-

no, la que correspondía al brazo roto, yacía a un costado de su cuerpo. Los dedos se movían, pero sin propósito; la mano se abría y se cerraba con movimientos espasmódicos.

–Tengo una pregunta más para hacerte, Alan –dije.

Alan parecía estar a punto de vomitar. Tenía los ojos clavados en el camino sinuoso que se abría delante de nosotros. Tenía miedo de mí. Miedo de mirar a Jack.

–¿Qué derecho tienes a enseñarle a mi hijo a ser gay?

–¡Yo no le enseñé! –dijo Alan–. Yo no soy.

–¿No eres? ¿Entonces cómo lo llamas? ¿Cómo llamas a lo que estaban haciendo? Lo que hacían en el sofá.

–Señor Lawson –dijo Alan, y el tono de su voz cambió. Y entonces sentí que estaba hablando con otro hombre–. Con el debido respeto, señor, permítame decirle que fue Jack el que me buscó.

–Jack no es gay –dije.

–Sí que es. Yo lo sé. Jack lo sabe. Su esposa lo sabe, señor Lawson. No entiendo cómo usted no lo sabe. No entiendo cómo no vio las señales.

Traté de imaginar qué señales, pero no pude. No podía recordar nada que señalara que yo terminaría allí, llevando a mi propio hijo al hospital con un traumatismo de cráneo y un brazo roto. ¿Qué señal podría haber anticipado que, después de este día, después de pasar dos meses en un motel y otros dos meses en la cárcel, la que había sido mi esposa durante veinte años se divorciaría de mí porque, en sus propias palabras, yo estaba *lleno de odio*?

Frené delante de la puerta de la guardia de emergencias y Alan me ayudó a sacar a Jack del auto. Una enfermera corrió a nuestro encuentro empujando una silla de ruedas. Sentamos a Jack en la silla y la enfermera se lo llevó rodando.

Llevé el auto al estacionamiento y volví caminando a la entrada del hospital. Alan seguía parado en la vereda, en el mismo lugar donde yo lo había dejado.

—¿Dónde está Lynn? —dije.

—Adentro —dijo Alan—. Jack está despierto.

—Bueno, voy a entrar. Te sugiero que te vayas.

—Pero usted dijo que me llevaría a casa.

—Lo lamento —dije—. Cambié de opinión.

Alan se quedó mirándome, mudo, haciendo gestos con las manos en el aire.

—Ah —dije—. Tengo una señal para ti.

Levanté el pulgar por encima del hombro y lo sacudí hacia atrás varias veces mientras ingresaba al hospital.

* * *

Despierto. Al volante de mi camioneta, Cam conduce por caminos laterales llenos de baches enormes como cráteres.

—Arriba, a brillar —dice—. Bienvenido a Lee.

Es casi mediodía. El sol resplandece en lo alto y la cabina de la camioneta es un horno. Me limpio las lagañas de los ojos y la baba de las comisuras de la boca. Cam mira el camino con un ojo y con el otro estudia las direcciones que garabateó en tinta negra en la parte de atrás de una caja de cereales. Nunca vio la casa donde su padre pasó los últimos años.

Entramos por un camino de tierra. La camioneta se sumerge en un gran bache lleno de agua y emerge enseguida. El camino está flanqueado por hileras de pinos. Sus agujas tiemblan cuando pasamos. Avanzamos siguiendo las curvas; casi no hay carteles. Cada pocos kilómetros pasamos por una entrada para autos, la casa metida entre los árboles y escondida de la vista. Es un lugar maldito. Y ya me dan ganas de irme.

—No sé dónde carajo estamos —dice Cam.

Avanzamos un poco más. Pienso en Bobby solo en la casa, pienso que Cam le dio seis VHS antes de irnos.

–Cuando termines de mirarlos todos –dijo– nosotros ya estaremos de vuelta.

Después puso la primera película, una de Disney, y nos fuimos.

–Estará bien –dijo Cam–. Ni siquiera se dará cuenta de que nos fuimos.

–Podríamos traerlo con nosotros –dije. Pero Cam se negó.

–No sabemos con qué nos vamos a encontrar –dijo.

Unos kilómetros más adelante vemos a una niña parada a un costado del camino. Cam detiene la camioneta y baja el vidrio de la ventanilla. La niña da un paso adelante. Mira por encima de su hombro, después nos mira. Está descalza y tiene la cara manchada de tierra. Lleva puesto un vestido marrón y un moño verde en el pelo. Tiene una soga enroscada en la muñeca y en la punta de la soga flota un globo azul.

–Hola –dice Cam. Asoma la cabeza por la ventanilla con la mano extendida, pero la niña no la estrecha. Se queda mirando los brazos de Cam, los dragones enroscados. Retrocede.

–La estás asustando –digo.

Cam frunce el ceño, pero vuelve a meter la cabeza en la cabina y apoya las manos en el volante. Le sonrío a la niña con su sonrisa más cariñosa.

–¿Puedes decirnos cómo llegar a Cherry Road? –dice.

–Sí –dice la niña. Levanta el brazo y el globo flamea con el movimiento–. Es por allá –dice. Y señala en la dirección de donde vinimos.

–¿Está muy lejos? –pregunta Cam.

–No es el próximo camino sino el siguiente. Es un callejón sin salida. Hay una sola casa.

Sacude la muñeca y el globo le golpea el puño.

Cam le muestra la caja de cereales.

–Es ahí –dice.

–Ah –dice la niña. Y se queda callada un instante–. Van a visitar al Hombre Lagarto. Yo lo vi. Lo vi una sola vez.

Cam me mira. Yo me encojo de hombros. Los dos miramos a la niña.

–Bueno, gracias –dice Cam. La niña le pega un tirón al globo. Cam da una vuelta en U y la niña nos dice adiós con la mano.

–Linda niña –digo.

Ponemos rumbo a Cherry.

–Maldito monstruito –dice Cam.

* * *

La casa está oculta por los pinos y el jardín plagado de malezas altas hasta las rodillas. Huellas de neumáticos indican la entrada. Flamencos de plástico motean el jardín, los picos curvos asomando entre el pasto crecido, las patas de alambre oxidado, los cuerpos de un rosa pálido.

El techo de la casa está cubierto de agujas de pino y hay pilas de tejas donde alguien dejó un parche a medio hacer. El piso del porche está hundido y la baranda podrida, los tablones flojos. Clavo la uña en la madera blanda y entra sin dificultad.

Nuestra misión no es clara. No hay cadáver que identificar ni papeles que firmar. No hay nada que heredar y no habrá funeral. Pero yo sé por qué estamos aquí. Es la única manera que tiene Cam de despedirse.

La puerta del frente está cerrada con llave pero bastan dos patadas para hacerla ceder.

–Aquí –dice Cam. Toca la madera unos centímetros por debajo de la cerradura antes de romper la puerta con el taco de la bota.

Adentro, la casa espera el regreso de su dueño. La luz del vestíbulo está encendida. El extractor de aire hace temblar la ventana sobre la pileta de la cocina. El empapelado sepia de las alacenas cuelga curvado como corteza

de abeto, dejando a la vista finos rastros de pegamento amarillo.

Escuchamos voces. Cam me apoya una mano en el pecho y se lleva el índice a los labios. Se manotea la cintura buscando un revólver que no existe. Ninguno de los dos se mueve durante un minuto entero, y después Cam suelta una carcajada.

–Carajo –dice–. Es un televisor –ulula. Se pasa la mano por el cabello–. Casi me cago encima del susto.

Entramos a la habitación principal. También está despatarrada, las pantallas de las lámparas cubiertas por una gruesa capa de polvo, la mesa ratona bajo un mar de periódicos y cartas sin abrir. Hay un sillón viejo de aspecto siniestro, los brazos sostenidos en su lugar con cinta de embalar. Un resorte asoma desde el almohadón, bañado en tétanos.

La excepción es el televisor. Hermoso. Setenta y dos pulgadas de gloriosa pantalla.

–Mira esa imagen –digo. Cam y yo retrocedemos para mirarla. El televisor está sintonizado en el Canal Militar, una de las tantas extravagancias del cable. Bombarderos B-24 cruzan el cielo blanco y negro, las hélices tienen el tamaño de mi cabeza. Sobre los parlantes hay una botella de Windex y un repasador mugriento junto con varios controles remotos de muchos botones. Cam agarra uno, lo examina, aprieta un botón y el sonido sube. El zumbido de los motores de los aviones y el fuego cruzado invade la habitación de un parlante a otro. Pego un salto. Cam esboza una sonrisa burlona.

–Nos lo llevamos –dice–. Nos llevamos esta mierda.

Aprieta otro botón y la imagen se reduce a un único punto blanco en el centro de la pantalla. El punto se desvanece y muere.

–¡No! –dice Cam–. ¡No!

–¿Qué hiciste? –digo.

–No sé. ¡No sé!